

UNIVERSIDAD MAYOR, REAL Y PONTIFICIA DE SAN FRANCISCO XAVIER DE CHUQUISACA

FACULTAD DE DERECHO, CIENCIAS POLITICAS
Y SOCIALES

Revolución Mundial «3U»

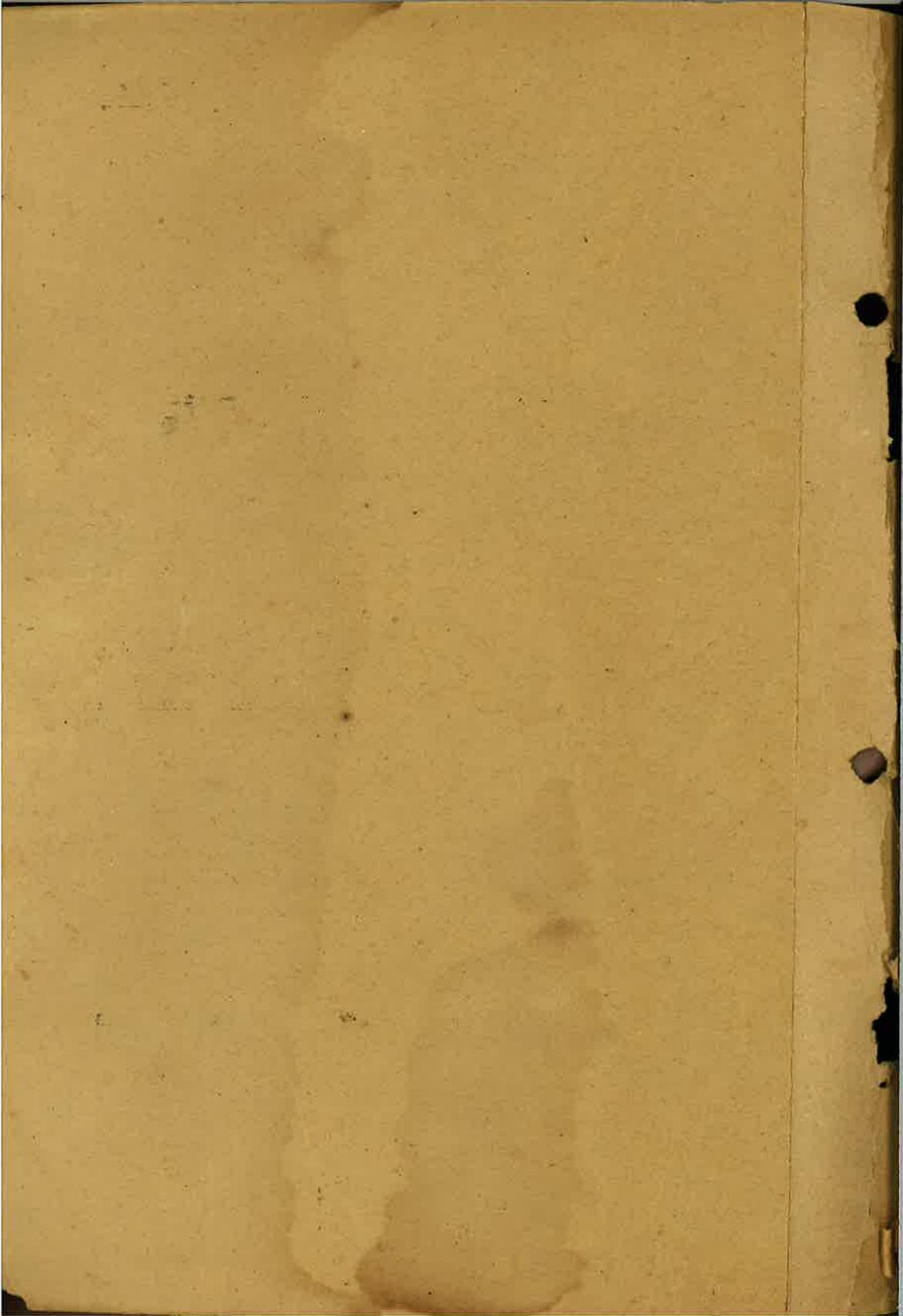
Hacia la paz por la Unidad

Por Rafael García Rosquellas,
Catedrático de Introducción al
Derecho y Director General de
Seminarios.

Separata de la Revista de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales

Sucre, Septiembre de 1950

Edit. Charcas



REVOLUCION MUNDIAL "3U"

Por el Dr.

RAFAEL GARCIA ROSQUELLAS

Director General de Seminarios y profesor de Introducción al Derecho en la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.

SUMARIO:— Palabras preliminares.— I. Significación y bases del problema.— II. Una lengua universal? a) El aprovechamiento de una lengua vigente. b) El indo-ispano o español racionalizado. c) El indo-ispano en América. d) El indo-ispano en el mundo.— III. Un Orden Jurídico Mundial? a) El perfil de la Historia. b) América y Europa. c) El posible *modus operandi*. d) La Policía Mundial. e) Los territorios confederales. f) La Capital del Mundo.— IV. Un culto universal? a) Iglesia y Estado. b) Estructura formal de la religión. c) La irreligión. d) Un destino. e) Una confesión ético moral. f) Una liturgia. g) La tríada simbólica.

PALABRAS PRELIMINARES

Hay, frente al devenir de las cosas, tres modos humanos de comportarse: el de aquéllos que prefieren filialmente la reposada compañía del anciano; el de los que, combativos, se deciden preferentemente por la juventud todo temeridad y ansia renovadora; el de los que meditan en el dorado oriente de la niñez yendo en pos de los amaneceres muy por delante de la propia juventud.

Habemos, pues, mezcla mayor de lo uno, mezcla mayor de

lo otro, los que conjugamos nuestra vida en pasado, los que lo hacemos en presente y los que lo hacemos en futuro.

Los primeros son aquéllos que se complacen en desandar el camino andado, añorando lo que fué; los segundos, espíritus prácticos que actúan con «su hora», sin programa previo y sin volver mucho la cabeza, no ponen grande imaginación en la tarea cotidiana y se contentan con lo que está inmediatamente servido. Los terceros planifican el porvenir, sin atención preferente para su hora coetánea y casi con desdén para todo aquello que quedó en el pasado; espiritualmente, no han nacido todavía.

Los primeros gustan del cronicario y la charla recordatoria en un deleitoso rumiar el tiempo ido. Los segundos prefieren la acción sin dilaciones; no les interesa gran cosa el antecedente ni el resultado ulterior. Los terceros lo desmenuzan todo en previa fauna mental e imaginativa, lo desmenuzan y lo reconstruyen, lo descomponen y lo recomponen, lo ensayan todo y se complacen en el juego de representarse, en meros esquemas ideales, «lo mejor» sin poner gran empeño en obtenerlo realmente.

Los primeros aman más, pero sueñan y construyen menos. Los segundos construyen más, pero aman y sueñan menos. Los terceros sueñan más, pero... construyen y aman menos.

El acierto residiría en vivir las tres horas no menos simultáneamente que a su turno, representándose el pasado como presente que fué y que, al pugnar por seguir siendo, es, positivamente; manipulando la hora presente como si ella fuera un revivir del pasado en la pulpa de un futuro agraz; y soñando este futuro como la posta No. 3 de un viaje sin término cuyos coches estuvieron hace demasiado poco en la posta No. 1 del pasado y, hace mucho menos que demasiado poco, en la No. 2 del presente.

...Por aquel camino van, enlazados de la mano, un anciano, un joven y un niño... Es grata la compañía de los tres, y es aleccionadora.

SIGNIFICACION Y BASES DEL PROBLEMA

«3U»?... He ahí un signo desconocido que nos viene a la imaginación respondiendo a la figura esquemática de un proceso revolucionario absolutamente real cuya expansión se acelera cada día más en el mundo, estimulado especialmente por el crecimiento demográfico de los últimos siglos, por el desarrollo insospechado de las técnicas y por el crecimiento concomitante del poderío industrial y comercial de ciertos países, factores que han acercado ya, en tal medida, a los pueblos, que es ahora lugar común aquello de la interdependencia estrecha en que las naciones convivimos, sintiendo todas, en nuestra vida económica y en la marcha general de nuestros negocios de gobierno, las grandes crisis de cada una y aún los procesos aislados del desarrollo de tal o cual industria de exportación.

«3U» significa anagramáticamente *tres unidades*. Ellas, en verdad, podrían ser cuatro, o pensarse como cuatro traduciendo esta observación que es fácil de verificar a cualquier hombre de la calle: que nuestro inquieto y caro mundo de hoy marcha rápidamente hacia la cancelación definitiva de las barreras nacionales representadas por el dogma político de la «soberanía» mostrándose, primero, como unidad mundial económica; segundo, como unidad mundial jurídica; tercero, como unidad mundial de lengua, y, cuarto, como unidad mundial de culto.

Pero, la primera de tales unidades es ya una realidad consumada y seguramente indestructible: la economía del siglo XX es abrumadoramente, si se quiere, economía mundial. Existe ya como algo operante y tangible en todas partes y en innumerables problemas de la vida interior de las naciones la determinación, raras veces evitable, de los fenómenos industriales y comerciales y de los accidentes de la moneda que afectan a las otras naciones. Tal determinación es, por cierto, más eficaz cuando tales fenómenos modifican la economía de naciones más desarrolladas en sus instrumentos técnicos, o de producción muy abundante.

Ahora bien, es asimismo lugar no menos común desde mediados del siglo XIX el hecho de que la cultura en general se acomoda a los cambios sufridos por las estructuras económicas, forzada, mal o bien de su grado, a aceptar sus mandatos dentro de un círculo de posibilidades más o menos limitado. La cultura es, sin duda, muchas cosas, pero entre ellas, son predominantemente tres las que arrastran consigo a las demás o las incluyen en su contenido: *lengua, derecho y religión.*

El mecanismo «3U» en la dirección de lo económico es pues una dirección necesaria que en rigor, por lo mismo que necesaria, no requiere una acción conscientemente coherente: está ahí, como un hecho espontáneo en mayor medida. «3U» no traduce, pues, un movimiento exprofesamente fundado en las líneas de alguna ideología particular. Es simplemente un mecanismo: los accidentes reales de la curva histórica en que esencialmente se muestra la sociedad humana de los últimos siglos y, más acentuadamente, de este siglo.

Ahora, es claro que siempre será inteligente y sabio dirigir el obrar consciente en el sentido que la propia realidad del símbolo «3U» aconseja. En otros términos: así como el beber cuando se siente sed es lo aconsejable o atinado, así el fundar deliberada y conscientemente, sin esperar que nos llueva en la boca, un movimiento de acción política que tenga por idea inspiradora central la unidad jurídica efectiva del mundo cuando se ve que el mundo —es decir, las realidades sociales producidas y en proceso— marcha espontáneamente hacia ella, es igualmente lo atinado y provechoso.

La profunda crisis de valores, la universal inquietud, el estado de tensión internacional en que vivimos sorprendiendo «platos voladores» acada momento y debelando revoluciones comunistas y penetraciones imperialistas cada hora no es más que un síntoma de un estado de desequilibrio general que resulta de este sencillo hecho esencial: para que el mundo viva en paz es de todo punto forzoso que las cuatro unidades enunciadas alcancen a constituir realidades más o menos *convergentes*, y la paz del mundo finca precisamente en la medida de esta convergencia. Economía, lengua, derecho y religión son como cuatro atmósferas o zonas del aire espiritual que la humanidad respira; para que no haya vientos peligrosos ni huracanes catastróficos es indispensable que las cuatro zonas de aire se mantengan en una temperatura más o menos igual.

Y, ahora, qué quiere decir «3U»? Que si el mundo es ya una unidad económica, mientras no alcance sus correlativas unidades jurídica, de lengua y religión, seguiremos viviendo a la deriva con una bomba atómica perpetuamente colgada de las nubes.

Si se desea coadyuvar a este proceso —y esto, a nuestro entender, es lo único razonable— se plantean sin embargo, diferentes y muy contrapuestos métodos: uno de ellos, ya ensayado muchas veces y otras tantas fracasado, es la conquista y el dominio imperialista impuesto más o menos violentamente, la dictadura en una palabra, y el terror. Así marchó la Cruz en alianza con la espada; así marcharon Gengís Khan, Napoleón, Hitler.

Pero es posible, creemos, la acción acordada y conjunta: las «Naciones Unidas», por ejemplo, la «Unión Panamericana», el «Benelux», etc., aunque dejen todavía bastante que desear.

UNA LENGUA UNIVERSAL?

Entre otros ensayos menos populares son conocidos los del profesor Schleyer que, a fines del siglo pasado, inventara el *volapuk* con la pretensión de constituirse en lengua universal destinada especialmente a las transacciones comerciales; y el idioma de Zamenhof, el *esperanto* que, con más suerte que el anterior, cuenta hoy en el mundo con numerosas instituciones empeñadas en la tarea de darle difusión. El *inglés básico* puede también considerarse como otro intento, sobre distintas bases, para proporcionar a la humanidad un instrumento de universal y fácil comunicación.

«Qué ventajas tendría la institución de una lengua universal» es pregunta cuya respuesta —en todo caso favorable a ella— huelga repetir, y hemos dado ya su justificación en términos generales: el mundo contemporáneo está al borde de su integración total como *unidad universal*, y este signo, la *Unidad*, preside los grandes hechos sociales que vienen sacudiendo, desde sus raíces, las estructuras políticas del siglo XX. Por consiguiente, todo intento, por utópico e ingenuo que pueda parecer en los primeros momentos, en el sentido ideológico del *volapuk* y el *esperanto* y el *basic english*, debe ser seriamente recibido como una anticipación, a corto plazo, de la realidad histórica que habrá de vivir la humanidad no después del ya vecino año 2000.

Pero, descartado el *volapuk* como ensayo fallido, y substituído, con mejores augurios, por el *esperanto*, no puede ocultarse al observador imparcial que esta lengua choca abiertamente con las resistencias que le ofrecen las lenguas ya existentes y con centenaria y venerable tradición. Es en extremo difícil que el hombre de la calle y la gran masa obrera del mundo, mentalmente inepta para esfuerzos académicos, se avenga al aprendizaje y uso de un idioma totalmente distante del suyo y radicalmente revolucionario. La lengua no es una institución artificial, como harlo se ha observado. Miembro importante de la cultura y el espíritu de los pueblos, enraíza en su suelo natural, «como una planta», y en los accidentes

de su historia. He ahí por qué, a nuestro entender, un idioma radicalmente nuevo, por regular y científico que sea, por fácil que se muestre su adquisición intelectual, ha de ser siempre derrotado por la voz tonante y definitiva de los muertos. No es posible negarle al pasado la totalidad de sus derechos. En otros términos: toda revolución triunfante tiene forzosamente que transigir con la tradición y cederle una buena parte de sus pretensiones ideológicas.

Así considerado el asunto, el *inglés básico* posee, sin duda, mucho más amplias posibilidades, puesto que él no pretendería otra cosa, si en efecto la pretende, que introducir simplificaciones dentro de una lengua *que ya es hablada por un grueso sector de la humanidad*.

Empero, el *inglés básico* se verá reducido a la impotencia por una razón que finca en la estructura del inglés vigente: la anarquía de sus valores fonéticos en relación con su representación escrita. Las vocales inglesas, y aún ciertas consonantes, suenan caprichosamente de variadas maneras sin que pueda darse regla válida alguna. Esto, por una parte; por otra, la simplificación de un idioma a base de reducción directa de su vocabulario a un número escaso de palabras-bases no remedia gran cosa la situación y seguramente atenta contra la riqueza posible de un idioma, de modo que su rol efectivo sería sólo el de una escuela primaria que funcionaría apenas como antesala del inglés vigente en toda su complejidad. De hecho, pues, quien posee el inglés básico no ha adelantado nada, o casi nada, en su capacidad de comunicación con los pueblos de habla inglesa.

De cualquier modo, son dos, por lo menos, las ideas que deben orientar cualquier intento de creación de una lengua universal: 1) el aprovechamiento inteligente de una lengua que posea ya, de hecho, gran difusión, lo que permitirá tener bien adelantado el camino del éxito, y 2), la racionalización de esta lengua, entendiendo por tal racionalización *su regularización dentro de una estructura prudentemente simétrica*. Lo primero se rinde hábilmente ante una tradición cuyos derechos no pueden ser cancelados por ningún medio de humanas posibilidades. Lo segundo se propone plantear la revolución de la lengua por la institución de reformas que la propia tradición estaría en condiciones de admitir sin excesiva resistencia.

a) *El aprovechamiento de una lengua vigente*

Cual? He aquí un problema de proyecciones políticas incalculables. La elección de tal lengua pondría frente a frente los

intereses culturales de grandes grupos de naciones. Esto, en lo puramente emocional. Los pueblos de habla española, los pueblos sajones, Alemania, Francia, Italia, Rusia y aún la China son sectores de la humanidad que poseen una excelsa tradición literaria y que, conscientes de ello, pondrían en juego todas sus influencias para alcanzar la preferencia dentro de un hipotético acuerdo mundial.

La solución podría asomarse por la ventana de las consideraciones técnico-lingüísticas apoyadas por razones demográficas, y esto es, efectivamente, lo razonable si en ello se argumenta con sinceridad y verdad.

Siendo así, demográficamente, tienen perdida la partida, por adelantado, el italiano, el alemán y el francés, y quedan sólo en pié, por consiguiente, el español, el inglés, el ruso y el chino. Pero estos cuatro idiomas son el fruto, dos a dos —con las reservas del caso—, de dos complexos espirituales hondamente separados: lo uno es el Asia, lo otro Europa y América, y en ello está dicho todo. Español o inglés, del lado de Occidente; ruso o chino del lado de Oriente. Aquí no queda más remedio que decidirse por una opción provisional si no se coincide, como es probable, respecto a las condiciones estructurales favorables en el sentido de la lengua más apta para su transformación, regularización y difusión. Tal opción tiene naturalmente que llevarnos, a los hombres de Occidente, a otorgarle nuestra decidida preferencia a *una lengua latina*.

Después de eso, y por este camino de eliminación, el problema opcional se ha reducido grandemente, y estamos sólo ante dos lenguas: el español o el inglés. Veamos el inglés: como lengua latina, frente al español, es coherente? De inmediato se advierte que no. La fusión de culturas diversas a través de sucesivas ocupaciones por escandinavos, daneses, normandos y romanos y lo indígena, todavía vivo, de la antigua Bretaña han creado un idioma, si bien extraordinariamente rico de vocabulario, pobre de sistema, en cambio. A esto se añade que, dejando siempre abierto el campo para una discusión más prolija, y como resultado de lo dicho, su estructura no se presta para una simplificación apreciable como, en cambio, sí, el español, conforme al sistema que a continuación explicaremos y que puede mostrarse con toda sencillez y brevedad.

b) *El indo-espano o español racionalizado*

La técnica de racionalización a que se presta ampliamente el español como quizás ninguna otra lengua vigente y extensamente difundida —pues lo hablan, para decirlo en redondo, unos tres-

cientos millones de hombres — ha de fincar, no en la complicada y poco efectiva reducción de su vocabulario, lo que, a la postre, a nada conduciría, sino, más bien, en la reducción de sus contados símbolos elementales. El alfabeto español contemporáneo reconoce treinta signos de los cuales uno es mudo (la **h**); otro (la **ch**) emplea, con sonido específico, los signos de la muda **h** y de la **c**; éste (la **c**), así como la **g**, se permiten la libertad especial de poseer dos valores fonéticos cada uno, según sean las vocales a que se juntan; otro (la **ll**), teniendo un valor fonético definitivamente específico se apropia, doblado, el signo de la **l**; un mismo sonido usa, por caprichos de la lengua que quisieran justificarse por su etimología, la **c**, la **k** y la **qu**; la **w** vale fonéticamente como **u**, la **x** como **js**, la **y** como **i** y, en fin, la **z** como **c** delante de **e**, **i**.

Primera regla.— Pues bien, nada más sencillo —teóricamente, por lo menos— que reducir este alfabeto de treinta signos a sólo *veinticuatro* bajo la inspiración de este pensamiento esencial al propósito de regularización de la lengua: la necesidad de una correspondencia, leal hasta donde la tradición lo permita, entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito. Cada signo escrito debe poseer un valor fonético exclusivamente suyo, y nada más que uno. El siguiente sería nuestro posible nuevo alfabeto simplificado, poniendo en rojo los signos eliminados:

a	b	c	ch	d	e	f	g	h	i
j	k	l	ll	m	n	ñ	o	p	q
r	rr	s	t	u	v	w	x	y	z

Hecha esta eliminación de **ch**, **h**, **ll**, **q**, **w**, **x**, se hace indispensable cambiar el valor fonético de dos signos: el de la **c** que sonaría invariablemente como **ch** vigente (a la manera de la **c** italiana) y el de la **y** que sonaría invariablemente como **ll** vigente.

Eso, por lo que hace al alfabeto.

Segunda regla.— El segundo aspecto de la regularización del idioma español consiste en la *invariable expresión escrita mediante el signo representativo de la expresión oral*, lo cual significa: 1) que la **g**, sin auxilio de la **u**, deberá sonar invariablemente como en *gona* y en *gusano* y en *ganado*, ante la **e** y ante la **i**; como consecuencia, las actuales palabras *gemir* y *giboso*, por ejemplo, habrán de escribirse, como ya Bello lo propuso, así: *jemir*, *jiboso*, etc. 2) que en toda situación en que el español vigente usa la **qu** y la **c** de su sonido deberá usarse invariablemente **k**, así: *kasa*, *keso*, *kilombo*, *koce* (coche), *kuna*; 3) que el sonido de la **x** será invariablemente representado por **js**, conforme a su

valor fonético; 4) como la **c** valdría invariablemente en calidad de **ch**, sus dos sonidos vigentes serían sin excepción alguna representados por la **k**, según se dijo antes, y por la **z**, de modo que *cecina* y *civilización*, v. gr., se escribirían así: *zezina*, *zivilización*.

Tercera regla.— El paso número tres de la racionalización de la lengua española, en una ruptura valiente y decidida con los prejuicios etimologistas y otras leyendas inconsistentes, es *la regularización de todos los verbos*, salvando unos pocos que funcionan como auxiliares harto frecuentes (*ser, haber, estar*) y alguno que otro (como *dar, ver, ir*), demasiado irregulares para admitir, sin deformación excesiva, la regularización propuesta.

Esta misma regularización debe alcanzar a los pronombres personales entre los cuales la intromisión del obsecuente *usted, ustedes* ha introducido una anarquía insoportable que obliga a usar, para la segunda persona, la tercera de los verbos —*Usted viene* (—*El viene*). *Ustedes comen* (*Ellos comen*).

Siguiendo, en esto, a la lengua inglesa —que no usa pronombre alguno de cortesía, en el lenguaje corriente— nuestros pronombres personales deben regularizarse así:

Singular Plural

io	iotros
vos	vosotros
el	elotros
ela	elotras

Quedaría suprimida de la lengua la forma *usted, ustedes*, así como la forma *tú*.

Cuarta regla.— Sería, por lo que hace al uso actual de la tilde —que peca de incoherencia, como lo hizo notar copiosamente el eximio lingüista Eduardo Benot—, sería necesario adoptar un pequeño trazo, una pequeña curva, convexa hacia abajo, para diferenciar formas verbales o substantivas frente a homónimas preposiciones y conjunciones así como en toda palabra en que actualmente se usa una tilde con este propósito mismo, contrariando la función específica de dicho signo que debe ser usado invariablemente como *signo de acento* de acuerdo a las normas que reglan la representación del acento.

He aquí un par de ilustraciones:

Se *ke* **abla** *estado contigo el ombre ke yegó aier.*

No ^ue podido *konsegir* (conseguir) lo ke vos deseabas:
plumas e ilo.

Eya ^ua visitado el colejio a las dos de la tarde para
rendir su ejsamen de deskite.

Quinta regla.—Estrechamente ligada a la anterior, la quinta regla corrige la forma tradicional de la primera persona del plural en pretérito de indicativo, la que, en la mayor parte de los verbos terminados en *ar*, *ir* es idéntica a la misma persona del presente: —Nosotros *amamos* ayer; —Nosotros *amamos* hoy; —Nosotros *partimos* ayer; —Nosotros *partimos* hoy, etc. El uso popular de estos verbos, en el dicho pretérito, se ha percatado de la dificultad que entraña, para la comunicación de las ideas, semejante forma verbal provista de doble tiempo y, para salir del paso —aquí, en Sucre por lo menos—, la gente obrera cae en el error habitual de usar como pretérito el imperativo, y, así, dice «nosotros *amemos*», «nosotros *partamos*, *tropecemos*..» con significación de pretérito.

El indo-ispano propone la desinencia *kamos*, unida al infinitivo, para expresar el pretérito: —Amarkamos, partirkamos, tropezarkamos.

Sexta regla.—Recogida del francés, la sexta regla indo-ispanica se propone evitar la masculinización que la Academia Española ha impuesto en el uso del artículo determinado *la* cuando el nombre femenino a que acompaña empieza por *a*, como en *el águila*, *el azúcar*, *el hacha*. Consideramos más razonable, dentro de la idea fundamental indo-ispanica, usar el apóstrofe francés, que no les cambia el sexo a las cosas, y decir, por consiguiente: *l'ágila*, *Pazúkar*, *Paca* (l'hacha).

Séptima regla.—Un tropiezo hartó difícil de salvar para quienes aprenden la lengua hispánica —como cualquier otra—, tropiezo de que tienen abundante experiencia los maestros de primeras letras, reside en la excesivamente caprichosa denominación de las letras del alfabeto. Se comprende sin esfuerzo cuán difícil ha de ser al niño aceptar el contrasentido de una letra que, llamándose, v. gr. *eme*, debe sonar: *ma*, *me*, *mi*, *mo*, *mu*, o, llamándose *zeta*, tendrá que expresar: *za*, *ze*, *zi*, *zo*, *zu*. El indo-ispano propone, para remediarlo, substituir las denominaciones tradicionales por otras perfectamente regulares que apunten a su propio valor operante, de modo que la *m* se llamaría *mamú* la *l* *lalú*, la *z* *zazú*, y de idéntica manera todas las consonantes, entendiéndose en esa denominación la contracción de: *ma-me-mi-mo-mu*, *la-le-li-lo-lu*, *za-ze-zi-zo-zu*, etc.

Octava regla.— Es importante, en orden a la más rápida adquisición de tal idioma y, sobre todo, a su fácil manejo, que la lengua oral restituya, en todo su encanto, la vigencia de dos sonidos españoles que la torpeza y el descuido hispano-americanos han eliminado de la lengua oral empobreciéndola considerablemente: me refiero a la **v** y a la **z**. La belleza y la gracia de un idioma reside, no en la abundancia promiscuitaria de sus signos escritos, sino en la riqueza de los orales. Es pues un doble delito de lesa cultura la cancelación que las Américas, hijas de España, han consumado con los sonidos **v** y **z** substituyéndolos por la **b** y la **s** para decir: *sibilisación* (cuando no *sibilisashón*) donde debe decirse *zivilizazióñ*.

Novena regla.— Por último, falta sólo declarar que en todo lo demás no derogado por el indo-ispano rige el español interpretado por sus organismos oficiales, su gramática y su diccionario.

Y esa sería, en pocas líneas, toda la revolución del idioma. Al viejo español sucedería el que podría llamarse *indo-ispano*. Sus ventajas no tardarían en dejarse sentir apreciablemente. Nuestra personal experiencia, en el uso eventual que hemos hecho de este racionalizado español, nos ha probado su extraordinaria adhesividad junto con su fácil accesibilidad.

c) *El indo-ispano en América*

Desde el punto de vista americano y con relación, especialmente, a los países que poseen una gruesa población indígena, el *indo-ispano* debería ser, creemos, el primer paso a dar hacia la incorporación del indio dentro de los modos de pensamiento de las minorías dominantes. Si entre la mentalidad primitiva o semiprimitiva del campesino indígena y la mentalidad infantil en general hay un paralelo, como parece, el *indo-ispano* tiene un argumento más en su favor: es la natural tendencia del niño hacia la regularización del idioma. El niño prefiere decir, pues le es más fácil y accesible: «yo *teno* la pelota que has *ponido* sobre la mesa» que, con el español vigente, «yo *tengo* la pelota que has *puesto* sobre la mesa». Desde luego, esto mismo hace ver que el *indo-ispano* facilitaría grandemente la tarea docente de la comunicación del lenguaje al niño de la escuela primaria en general.

Como acción inmediata la fundación del *indo-ispano* podría ventajosamente partir de la escuela indigenal en estos tres países hermanos y vecinos: Argentina, Bolivia y Perú. Estamos seguros de que si la prensa, el periódico, se pusiera unánimemente al servicio de una revolución tal, en el plazo de UN AÑO la revolu-

ción estaría consumada y dominadas las primeras y muy explicables repugnancias que, para nuestro caso muy felizmente, son alimentadas por una herencia de bien escasa historta.

d) *El indo ispano en el mundo*

Una rápida y triunfante difusión del *indo ispano* en las naciones americanas de habla española sería, sin duda, el mejor argumento en su favor. Obstáculos de orden técnico-lingüístico no existen. El éxito finca simplemente en una relativa unanimidad de acción que aproveche dos instrumentos esencialmente: la escuela primaria y la hoja periodística. Por lo que respecta a determinaciones históricas, es obvio repetir que América, continente joven y ansioso de superaciones, no está dominada, en la forma que lo están los furiosos nacionalismos europeos, por la tiranía de los muertos. Esto, por lo que hace al pasado. En relación al presente, los resultados de la iniciativa serán más favorables en la medida en que tal iniciativa se aplique sobre masas humanas mayores.

En el hipotético caso de que el *indo-ispano* triunfara en América española y se aprestara, con buenos auspicios, a la conquista del mundo, a España correspondería alistarse en la vanguardia, pues de ella deberían salir preferentemente los maestros para todas las naciones formando escuelas y presidiendo institutos. El *indo ispano* está mucho más cerca del castellano peninsular, en cuanto lengua oral, que el español-americano vigente, por razón de la propuesta resurrección de la *v* y de la *z*, resurrección ampliamente justificada en razones estéticas. La lengua es una obra de arte.

Para concluir, una tal empresa no tiene por qué causar alarma a nación alguna en actitud defensiva de su cultura, puesto que no se trataría de ejercitar violencia alguna. Ella planificaría su acción sobre la base de acuerdos internacionales que tiendan a proporcionar a todos los hombres un instrumento común de relación, además de la lengua materna. El mundo entero sería bilingüe, cuando menos, salvo los países español e indo-hispánicos, que deseablemente aceptarían la transformación de su propia lengua.

UN ORDEN JURIDICO MUNDIAL?

a) *El perfil de la Historia*

Un examen detenido de la evolución del Derecho, que partiera de las primeras edades, mostraría inequívocamente que el perfil horizontal en que se esquematiza a grandes rasgos la historia humana desde el hombre del pleistoceno hasta nuestros días, consiste en un número —que no determinaremos aquí— de rutas invariablemente convergentes en el sentido de una integración siempre creciente: primero es el clan, luego la tribu, después la ciudad; a continuación el municipio, el pequeño Estado, la nación, hasta llegar, en nuestros días, a las federaciones de naciones como la Unión Americana del Norte, Rusia, México, Brasil. Tal fenómeno de integración opera así: *la comunidad total tiende a absorber a las comunidades partes*, e invariablemente lo consigue en un crecimiento demográfico continuo que no es sólo «formación por epigénesis» o acercamiento de conjuntos similares, sino a la vez, crecimiento interior en todo sentido. La técnica social que espontáneamente se realiza para llegar a ese resultado consiste en *la emancipación del individuo* frente a los poderes de las subcomunidades asociadas para someterlo directamente a la comunidad mayor. De este modo el clan, familia místico-potestiva cuya prolongación es, en Roma, el grupo agnático, se compone originalmente de familias bióticas asociadas bajo el poder del más anciano, es decir, de varios grupos padres-hijos emparentados entre sí y, por tanto, descendientes de un tronco común que se establece por línea masculina. Al asociarse los clanes en la tribu, o en las *fratrias* de que ésta se compone eventualmente, aquella tenderá a absorber los poderes clánicos para verse después de un cierto tiempo de duración sin duda muy variable en abierta pugna con la ciudad cuando el natural proceso de crecimiento de la tribu junto con otros factores que no es del caso señalar aquí hayan conducido a la aparición de la *aldea grande*, primera modalidad de la ciudad. La ciudad supri-

mirá tribus, fratrias y clanes en una unidad nueva, más grande y más compleja.

En el mundo moderno se asociarán las ciudades con sus aldeaños campesinos, y el gobierno central dominará a los antiguos municipios autónomos. Luego aparecerán las fundaciones políticas que presidieron y apuraron Garibaldi y Bismark, y estaremos, con Francia, Inglaterra, Turquía, Egipto, etc., Italia y Alemania, en el estadio integracional al que ha precedido inmediatamente, en la reciente hora histórica, la Unión Norteamericana y hoy seguido Rusia, la India.

Pero este proceso no puede quedar detenido ahí. Las grandes conmociones del siglo que vivimos, bajo la determinación irrefragable de la integración económica mundial ya producida, según lo mencionamos antes y es de todos sabida, son no otra cosa que pródromos de la integración total en términos mundiales, integración jurídica, ética y política concomitantes que tendrán por fuerza que llegar a muy breve plazo, aunque no, según parece, sin nuevas y más grandes convulsiones.

Con la aproximación de todos los pueblos de la tierra, facilitada en gran escala por el desarrollo inusitado de las técnicas aplicadas a la intercomunicación, la tradición, allí donde ahora aparece poco menos que intocable, ha de sufrir un gran debilitamiento, tal como siempre ha ocurrido en pequeño con la intercomunicación frecuente de dos grupos sociales aldeanos. La gran ciudad, la urbe, juega a su vez, en esto, un rol coadyuvante nada despreciable, como se ha apuntado ya por muchos sociólogos.

La guerra, asimismo, y, más aún, la guerra en escala mundial ha apurado siempre el ritmo del proceso general integracionista hacia unidades político-estatales cada vez más vastas. Sólo la Gran Guerra del 14 pudo determinar la aparición de la *Liga de las Naciones*. Ha sido indispensable la segunda conflagración mundial para que se promulgue en el mundo entero la Carta de San Francisco y para que líderes políticos de gran autoridad en Europa hablen seriamente de los Estados unidos de Europa Occidental y se haya conseguido un movimiento, si bien muy tímido todavía, en sentido favorable a esta revolucionaria idea.

Parece, decíamos, de todo punto inevitable la tercera conflagración para que el proceso integracionista alcance su meta final en la unidad total universal.

Así pues, esta integración es el sentido forzoso de la marcha de la historia de la humanidad. Triste es pensar sin embargo que, por mucho que se reconozca la verdad de tal proceso —medular, repitémoslo, en el mecanismo espontáneo de la historia del Hombre—, triste que haya de aceptarse la terrible prueba de otra gue-

rra más y, seguramente, mucho más destructiva y terrible que la última cuando un número apreciable de hombres de pensamiento y de acción, en Oriente y Occidente, conocen, o adivinan, a no dudarlo, las líneas generales de este perfil, tal, más o menos, como lo vamos describiendo.

b) *América y Europa*

De cualquier modo, las condiciones históricas y el espíritu de los pueblos que habitan en Europa y América respectivamente *no* son idénticos, por mucho que la América sea la heredera de la cultura europea y por mucho que se crea, asumiendo la actitud del abuelito celoso de lo suyo, que la hija es el retrato absolutamente fiel de su madre espiritual hasta el extremo de no poder pensar nada por cuenta propia.

Desde luego, estamos nosotros firmemente seguros de que un paso reflexivo y decisivo, inteligente y consciente, de parte de la sufrida y resabida Europa en el sentido de abrir un cauce ancho y eficaz, SIN GUERRA, a esta irresistible e irrevocable fuerza de la historia que nos impondrá, querámoslo o no, la unidad jurídica mundial, ese paso Europa no lo va a dar. Y no lo va a dar porque ella, como espíritu de masas, ha de ser inconscientemente sorda a toda incitativa. Europa es la hija del panteonero que se pasa nueve décimas partes de su vida enflorando las tumbas de sus muertos: su nacionalismo, su racismo, su príncipe, su casa, su repollo..., su tradición, en fin.

América no tiene tradición. Por consiguiente, si algunos hombres, si alguna masa de pueblos está en condiciones, en esta hora del mundo, de «hacer la paz», es América.

Pero hacer la paz no es simplemente negociarla en una sala de Lake Success en un solo y general acto solemne y pronunciar un *fiat pax* que deje las cosas más o menos como están. *Sólo puede ganarse la paz mundial al precio de la unidad jurídica mundial.* De lo contrario, no hay poder humano, ni divino, que ponga atajo a la tercera conflagración.

c) *El posible modus operandi*

Por nuestra parte, al menos, no concebimos pues la posibilidad de que la Organización de las Naciones Unidas consiga, a base de conferencias y congresos de cancilleres y embajadores, abrir un cauce de capacidad promisoro a la marcha de una pacífica integración.

En opinión nuestra, semejante integración, teóricamente practicable sin violencias mayores, *tiene que ser sucesiva y partir de los pueblos americanos*. Son ellos, sin duda, la línea de menor resistencia y en ellos debe encenderse la primera luz.

La primera luz es una integración negociada de tres, cuando menos, unidades nacionales. Las más llamadas a encenderla son, verosímilmente, Argentina, Bolivia y Perú. Sobre la base de su fusión política habría que tender acelerada y resueltamente a la constitución de la Unión Americana del Sud que abrazaría todas las naciones sudamericanas con excepción de Colombia, Venezuela y Las Guayanas que gravitan hacia el Caribe y cuyo destino, en la misma línea revolucionaria hacia una paz permanente tendría que ser la Unión Americana del Centro, con México, los pequeños países centroamericanos, Cuba y las demás islas de su mar.

No se nos oculta que esto tiene todas las trazas del cuento de la lechera, pero... si la bomba atómica va a cavar nuestra fosa común a breve plazo, cuando menos... soñemos. Es lo más modesto que se nos puede conceder.

Tres solas y grandes unidades políticas americanas —con la Unión del Norte— ya pesarían en la balanza del mundo muy seriamente, y entre ellas tres, por lo pronto, y la comunidad europea, que, con mucha aunque no de esperar fortuna, se adhiriera, se concertaría sin dificultad una nueva Carta de Naciones sobre las bases ideológicas generales de la vigente Organización de las Naciones Unidas.

Cada nuevo paso, en el mismo sentido de agregación sucesiva y no simultánea, permite una eficacísima concentración de energías y les hace un paso de muleta bien sorteado a innumerables martingalas y estratagemas inspiradas por todos los intereses que provisionalmente se dejaría intocados.

Las próximas grandes unidades —siempre que en este punto del monólogo, o del proceso real, no se haya roto el cántaro bajo las llamas de la bomba atómica— habrían de constituirse en Europa para, por cierto, ingresar dentro de la misma organización. Hipotéticamente Gran Bretaña sería el primer núcleo de atracción en derredor de la cual habría de constituirse, como una sola unidad política federada, Irlanda, Islandia, Noruega, Suecia y Finlandia (Federación Británica o Britania). Numerosas razones históricas, geográficas, económicas y culturales las aproximan apreciablemente.

Con Ginebra como su capital federal, alrededor de Suiza podrían constituir, luego, la Federación Románica (Romania) los países occidentales de la Europa continental: Francia, España, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Austria y Alemania toda.

La Federación Balcánica (Balcania), de mar a mar, gobernaría sobre Polonia, Lituania y Letonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Albania y Grecia.

Rusia, por sí sola, ya es la Federación Eslava (Eslavia). Se le incorporaría Estonia para darle una fácil salida al oeste.

Africa se dividiría en tres zonas territoriales sin solución de continuidad ninguna de las tres, para constituir: Africa Egipcia (Etáfrica) con Egipto en el núcleo, y Etiopía, las Somalias, Libia, el Sudán y Eritrea; Africa Británica (Britáfrica) con la mitad meridional del continente, desde la línea ecuatorial, y Africa Románica (Romáfrica) con todo el territorio noroccidental al norte de la línea ecuatorial. El régimen de incorporación de las dos últimas en las respectivas federaciones europeas sería asunto de acuerdos especiales conforme al status político que actualmente poseen y a las posibilidades de su conciencia nacional y política. La Federación Egipcia sería autónoma e independiente bajo la Carta Mundial.

En el Asia, desde el oeste, toda la península arábiga (Siria, Transjordania, Palestina, el Irak, Arabia Saudita y Arabia Meridional) y Turquía ingresarían bajo la Carta Mundial unidas en una sola federación (Federación del Medioriente). Ella sería, a la vez, la patria grande de todos los judíos de la tierra que se consideren tales.

Irán, Afganistán, Usbekistán, Kirguisia y Kasakstán hasta el paralelo 50 son conjuntos de pueblos que, unidos en una federación común (Ikkabután, del anagrama de sus iniciales latinas y su designación coincidente), alcanzarían una extraordinaria fuerza económica y política. Su historia es, en gran escala, común, su economía las asemeja y su geografía las acerca.

La India formaría, por sí sola, una federación. La península de Malaca con Birmania, Tailandia y la Indochina Francesa, su vecina oriental. La China, sola, en el norte. Luego, el Japón con todo su territorio anterior a la Segunda Guerra Mundial, Corea, Manchuria y el territorio siberiano de Extremo Oriente, hasta el meridiano 120, a ser posible, y las Filipinas. El papel de ellas, dentro de esta hipotética Federación Japonesa, sería de alto valor en orden a la latinización del lenguaje. Las Filipinas serían un espléndido puente espiritual entre los pueblos japoneses y el resto del mundo.

Y no queda sino Australia como la última federación, la Federación Australiana que, desvinculándose de Inglaterra, alcanzaría su plena independencia para gobernar sobre Java, Borneo, las Célebes, las Molucas, Nueva Guinea, las Bismark y las Salomón, Nueva Zelandia y Tasmania y las otras ya más pequeñas e innumerables islas que forman el séquito geológico, geográfico y económico de la Australia continental.

Kilómetros más, kilómetros menos, ese es el destino próximo de la reorganización estatal hacia la cual marchamos, o a costa de la tercera conflagración mundial, o mediante un proceso DIRIGIDO de la manera planteada, en *integración sucesiva*.

No sé hasta qué punto podrá la mentalidad corriente europea leer páginas como éstas sin un irresistible gesto de repugnancia y sorpresa o con el sencillo recurso de una sonrisa escéptica... Pero América, joven, cree en el porvenir y, sintiendo como siente de modo diferente, piensa también en términos y valores diferentes cuando predibuja el porvenir.

Son, en total quince poderosas unidades políticas, según este cuadro:

1. Unión Americana del Sud.
2. Unión Americana del Centro.
3. Unión Americana del Norte.
4. Britania (y Britáfrica)
5. Rumania (y Romáfrica).
6. Balcania.
7. Rusia.
8. Etáfrica.
9. Medorientes.
10. Ikkabután.
11. India.
12. Indochina.
13. China.
14. Japón.
15. Australia.

d) *La Policía Mundial*

Estas quince federaciones, unidas bajo las disposiciones del Estatuto Mundial, formarían una sola y única CONFEDERACION MUNDIAL siguiendo el pensamiento, en su parte aprovechable, de Ely Culbertson, Reves y otros que se hayan ocupado de este medular asunto con amplia serenidad de espíritu y probado amor a la paz.

El «plan de fuerza de cuota» es, en nuestra opinión, lo más valioso e inteligente de los aportes de Culbertson, teniendo en cuenta que no se puede hablar coherentemente de un orden jurídico mundial sin una policía mundial que garantice la estabilidad y eficacia de la CONFEDERACION. Es claro que los porcentajes de cooperación militar y de industrias bélicas con que concurrirían

todas y cada una de las quince dichas federaciones tendrían que ser recalculados introduciéndose las enmiendas que la situación aconseje.

e) *Los territorios confederales*

Ciertas zonas, en puntos estratégicos convenientemente distribuidos en los cinco continentes, pasarían a depender directamente del Gobierno Mundial. Este es un punto sobre el que no se puede adelantar mayores sugerencias, pero tales territorios serían probablemente los siguientes: el Estado de Nueva York, Panamá y una o dos islas del Caribe, Gibraltar y Dinamarca, Pantellería, Creta, Chipre y Rodas, Madagascar y el Yemen, Ceilán, Sumatra y Kamtchaca, Groenlandia y los círculos polares ártico y antártico. Sus habitantes serían ciudadanos del mundo.

f) *La Capital del Mundo*

El hecho especialmente significativo de que en la ciudad de Nueva York esté levantándose el gran palacio de las Naciones Unidas, hecho al que se añade una consideración no menos valiosa, cual es el espíritu vastamente cosmopolita de esa gran capital en que se dan cita las naciones todas de los cinco continentes en ya consolidada conjunción de formas de vida, le da a Nueva York títulos suficientes para ser reconocida como la Capital Mundial.

La Unión Americana del Norte sería compensada por la afiliación del Canadá dentro de su federación. País, este último, de población escasa —unos 15 millones— representa demográficamente lo que Nueva York y su afiliación a la Federación Norteamericana enmendaría el error histórico, si así puede decirse, de una Inglaterra con dominios dentro de América, rompiendo la contigüidad y la continuidad de la Unión Norteamericana.

UN CULTO UNIVERSAL?

a) Iglesia y Estado

Todas las grandes religiones aspiran a la conquista del mundo y no tienen dificultad alguna para declararlo abiertamente puesto que su tarea no se opone visiblemente al desenvolvimiento libre del Estado, bajo la declaración o el sentimiento de que *su misión no es de este mundo*. Así el Cristo y su Iglesia pueden expresar su pensamiento en esta frase bíblica: «—Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Pero si la unidad jurídica del mundo no puede radicalmente ser alcanzada a sangre y hierro en los carros de batalla de ninguna empresa imperialista, la situación adversa a semejante empresa es todavía más definida si se trata de la religión. El solo fantasma mental de la Inquisición española será, por los siglos de los siglos, la acusación más destructiva de cualquier campaña proselitista que quisiera emprender la Iglesia Católica, sin que pueda valerle la fácil escapatoria dialéctica de que la religión pura es una cosa y sus hombres muy otra, ya que la religión sigue gobernando conciencias de hombres que, éticamente, no son en nada mejores que los que vivieron la Edad Media y la Moderna hasta el siglo XIX.

Más aún: hoy el mundo de Occidente cree y siente con hondura el ideal democrático, y con este ideal no condice el pensamiento más íntimo de ninguna religión, ya que ella, por naturaleza, *es la única verdad*, y son, por consiguiente, «herejes», «infeles» o «neófitos» cuantos no acepten esa única verdad de que cada religión en particular, o cada iglesia, se apropia para sí. Todas las religiones, grandes y chicas, primitivas o evolucionadas, son y aspiran conscientemente a ser una dictadura espiritual más o menos absorbente de la personalidad individual. Más todavía: *la religión es verdad absoluta y eterna*. De esta propia declaración que toda iglesia ha hecho en todo momento y enfáticamente surge una nue-

va situación de franca beligerancia con el mundo de «este mundo»; porque este mundo *cambia, evoluciona, se transforma*, confiesa sus verdades como verdades relativas, vive en el devenir y el movimiento, entrechocando cotidianamente entre la afirmación y la negación, entre el futuro y el pasado. La religión es el inmenso y misterioso bloque de hielo de la Antártida, blanco de toda blancura, pero íntegro inalterablemente, e inmóvil por siempre y para siempre. La vida, como vida de este mundo, es el río juguetón que, habiendo brotado alegremente en el manantial de la serranía, estará pronto en el valle, y después en la llanura, y después en el mar, y después en la nube, y después en la lluvia,, y de nuevo en el cerro y en la selva..

Por consiguiente, el Estado, el Estado democrático y libre no puede ser confesional sin caer en funesta contradicción.

Ahora bien, sin duda alguna en esa actitud de toda Iglesia el Protestantismo significa una apreciable morigeración al haber reconocido el derecho individual de libre examen y libre interpretación de los textos sagrados. Pero hay «textos sagrados» y no puede menos que haberlos si la religión es, y hasta aquí ha sido, dogmática por naturaleza.

Estas reflexiones tienen que conducirnos a reconocer que el problema de la unidad mundial del culto no puede utilizar los materiales de la revelación de ninguna religión en particular, y hay que buscar semejante unidad, supuesto que uno se la plantee —como lo hemos hecho— en otro orden de quehaceres humanos.

b) *Estructura formal de la religión*

Tres elementos, a nuestro modo de ver, son esenciales a la creación religiosa: un destino (en la divinidad), una confesión ético-moral y una liturgia.

Lo primero ha significado, hasta aquí, no sólo un estado de vida deseable o perfecta más allá de la muerte, sino además un motor y un mecanismo creadores del mundo natural que poseen la capacidad de alterarlo a capricho. Su vigencia responde a cuanto pervive de místico en la psicología del ente humano.

Lo segundo es la tarea social que en todo tiempo la religión se ha impuesto a sí misma sobre la base del pensamiento de que Dios es el sumo bien y la virtud suprema. Toda religión prohija un modo de convivencia que es impuesto a sus fieles, de consuno con el estadio histórico de la institucionalidad general reinante. Es la moral aristocrática o capitalista, o burguesa, o proletaria en cuyo fondo hay, sin embargo, un contenido ético ecumé-

nico de grandes líneas coincidentes que los intereses históricos deforman eventualmente. Esa moral dependería, al decir de la literatura marxista, del régimen vigente respecto del aprovechamiento de los bienes materiales.

El tercero, la liturgia, es el lenguaje formal y solemne de la religión. Su estructura es esencialmente simbolista y poética. Su función, no menos fundamental que la de los otros elementos, es la fenomenalización misma del sentimiento religioso. No puede darse, técnicamente, religión sin liturgia.

c) *La irreligión*

Cuando Freud afirma que el hombre abandonará la religión con la fatalidad de un proceso de crecimiento está, según parece, en lo cierto. Pero se trataría de la religión en sus modos todavía vigentes, puesto que lo emocional, aún en la mentalidad más civilizada, nos empuja a recaer a menudo en lo místico, muy en particular cuando vivimos momentos de angustia o de profunda inquietud; y aún en lo místico más grosero o más ingenuo. Son prueba frecuente de ello el prestigio del nigromante en los grandes focos de la más renovadora civilización y el poder oculto que encierran el espejo roto, las tres velas de la misma mesa, los trece convidados, el domingo 7, el tropezón con el pié izquierdo, etc., etc.

Es, en suma, cosa bien sabida que la emoción sigue reinando aunque no lo sea con el absolutismo de los pasados siglos. Desde luego, y como fenómeno presente, el dolor de la guerra, al exacerbar lo emocional, recrudece la visión mística de las cosas, «empuja a Dios», como la ancianidad y como la muerte. Dudo mucho de que el existencialismo a lo Sartre cuente con número apreciable de seguidores. Y, en todo caso, hablamos aquí de las masas, no de las élites que siempre son muy escasa minoría.

Pero, en fin de cuentas, el hombre sin emoción sería insufrible, si se diera tal hombre, y, dado que aun sufrir pudiera, no se sufriría a sí mismo puesto que la vida, sin ella, se convertiría en un sucederse insípido y absurdo de horas amarillas.

No, la emoción es nuestro mejor tesoro. Lo que aquí, dentro del mecanismo histórico «3U», interesa y debe interesar es dirigir la proclividad mística de lo emocional, *sin invadirla*, hacia objetivos que no representen un peligro potencial para la seguridad de las personas y para la paz del mundo, *y que permitan su interpretación mística conforme a los cánones generales no sólo de*

todas y cualquier religión, sino también de la irreligión y el ateísmo, posiciones, estas últimas, tanto o más legítimas, por lo menos, como la del creyente.

Con este pensamiento podemos ya ocuparnos, por separado, de los elementos formales de toda religión, y tratar de encontrar un destino, una moral y una liturgia que no planteen beligerancia alguna a la explicable suspicacia del creyente, reafirmando en la idea de que toda religión es profundamente respetable y debe ser respetada en tanto ella conceda «al César lo que es del César».

d) *Un destino*

La idea de un destino como forma de pensamiento en que pueda tener cabida la religión a la vera de la más segura fe está expresada en la noción de «Z» de la Teoría Integral del Derecho, tal como ella ha sido expuesta por el autor de esta comunicación mediante el opúsculo de dicho nombre y dos artículos sucesivos de la «Revista de Estudios Jurídicos, Políticos y Sociales» de la Facultad de Derecho dependiente de la Universidad de Chuquisaca, en Sucre (Nos. 18 y 22; este último en prensa), artículos que llevan el rótulo de «Notas a la Teoría Integral del Derecho».

Por consiguiente no necesitamos insistir aquí, y habremos de limitarnos a puntualizar ciertos aspectos.

«Z» representa una noción teleológica formal pura que tiene la pretensión de significar en lo subjetivo *toda felicidad* y en lo objetivo *toda finalidad*. Pensar «Z» es tanto como pensar finalidad-felicidad sobre la base de la observación fácilmente intuible de que el hombre, por cuanto tiene de específicamente humano, *es un ente teleológico en tensión permanente hacia la felicidad*, aunque fincara ella en la tortura o en la muerte.

De este modo, «Z» contiene todo cuanto pueda ser apuntado por una voluntad, y específicamente, todo cuanto pueda ser perseguido, pretendido o preferido como *última finalidad o como la mejor finalidad*. De este modo, asimismo, «Z» contiene a Dios cuando en ella sea buscado, como contiene a cualquier otro destino y principio inspirador supremos, de cualquier religión que se trate, y como contiene la más modesta finalidad de un *ser felices y hacer mejor el suelo que pisamos en el mundo que vivimos sin visión ultraterrena y sin revelación*. De este modo, en fin, «Z» no sólo que no hace beligerancia a religión alguna, sino que tiene que llamar a todas para ser, ella misma, posible, puesto que, como for-

ma, es forma de algo, y ese algo, en parte muy gruesa de la especie humana, es precisamente Dios, y Alah, y Budha, y Shin-Tao, y el totem, y la tumba del verde prado, y el viaje a la más remota estrella...

Si «Z» intelectual es una forma pura y «Z» mística el inasible cuerpo de Dios, «Z», poéticamente, encuentra su más bella expresión natural en el restallante latigazo del rayo que es el grito estentoreo de la nube en las cavidades del alto cerro, la voz cósmica del cielo que, mostrándose en un alarde de fulminante fuerza destructiva, es, sin embargo, el prólogo de la dulce lluvia debajo de cuyas cortinas adiamantadas de frescura engordará pronta la simiente, reventará la gema y reirá la flor. Simbólico connubio del mal y del bien, lo es, así, de la violencia vindicativa y de la generosidad ilimitada.

El rayo restalla siempre en zeta.

Poéticamente también, «Z» es, por último, y como explosión eléctrica, el signo por excelencia de la era industrial contemporánea y de la físico-química que todo lo resuelve en energía eléctrica y en carrera y conflicto de electrones.

e) *Una confesión ético-moral*

De entre los cinco valores en cuyo pentagrama la emoción pone color y calor de vida, es *la bondad* el valor específico del mundo moral. En el artículo «Más notas a la Teoría Integral del Derecho» del No. 22 de la Revista de Estudios Jurídicos, Políticos y Sociales a que hemos hecho referencia más atrás nos hemos ocupado ya de ella y, en la Teoría Integral misma, de su contenido, enunciando, por desdoblamiento de aquello que está insito, subsumido en la bondad, tres reglas de conducta generales: Amar, Soñar y Construir, en calidad de impulsos elementales que definen lo que pudiera calificarse como *el alma de la especie*, hacia su conservación y expansión en el Universo.

No es pues aventurado afirmar —y esto interesa mucho en cuanto a la morigeración de la destructividad con que viene desenvolviéndose la revolución mundial «3U» (odio de clases, imperialismos, guerras)—, no es aventurado afirmar que, por fortuna, en lo ético-moral hay una relativa coincidencia universal que es fruto, en último término, de esa honda determinación psicológica que nos impone sobrevivir como género zoológico, agrandarnos y crecer; que en esta hora del mundo nos dicta pelear la paz, primero académicamente, y después... Se tratará.

Por consiguiente, no hay, de hecho, una adversa oposición entre unas religiones y otras, en el mundo contemporáneo, respecto de la conducta que puede ser calificable como *buena conducta*. En otros términos, puede afirmarse, con reservas de segundo grado que no afectan al fondo del problema, que la moral del siglo XX —y, con harta más razón, la de los venideros— *es moral universal*, cosa que simplifica bastante el problema de la institución de un culto universal.

No hay acaso ninguna idea tan colectiva y colectivizante como la idea del bien, que es más alta y más noble, hasta el sumo bien, en tanto en cuanto alcanza a una comunidad mayor sirviéndola o intentando servirla, aún por sobre el límite de la totalidad de la especie. Por ello, la religión hace radicar el sumo bien en Dios por cuanto Dios «está en todo lo creado». El mal, en cambio, significa lo individual excluyente. Por eso se le opone como su cabal contrario. El contenido ético del mal surge, así, como la conducta hostil, en cualquier sentido, a los intereses del prójimo, del otro individuo, o de los otros grupos de individuos. El supremo bien ha de abrazar al género humano para inspirar todo cuanto se llame generosidad, entrega y sacrificio, dolor de los demás y acción heroica en provecho de los demás, visión amada de mundos mejores y creatividad constructiva, para los demás. El mal reside en la intolerancia, la violencia y la destructividad, en el hacer o pretender hacer del mundo *un mundo para sí* donde, bajo la clara luz del bien, *el mundo debe ser para los otros*, autocontrolado y autodominado el yo individual.

f) *Una liturgia*

Una liturgia para un tal orden de ideas, con un contenido religioso, en una edad atómica que es capaz de delatar, por autoreflexión y autoanálisis, los más intocables tabúes, tiene que ser una creación poética no vivida antes. Tiene que crear una simbología capaz de expresar, sin daño de otras afiliaciones religiosas y coincidiendo con todas a la vez, lo más hondo y lo más universal con amplia neutralidad de significaciones. Diseñarla aquí sería madruguar demasiado e ir mucho más lejos de lo razonable en el monólogo de la lechera.

Sin embargo, se puede adelantar algunas grandes líneas.

Siendo *la marcha de la Historia hacia la Unidad* el concepto que se halla en el núcleo de este curso de ideas, es *la unidad en Z* lo más hondamente significativo y su símbolo, cual sea,

deberá ocupar el sitio eminente por excelencia dentro de una creación arquitectónica en que el pensamiento de la esfera gué la obra, puesto que el universo estelar y la materia se acondicionan dinámicamente en perfiles de curvas y en movimientos curvilíneos y puesto que el espíritu es vertical y ascensional en ambición de estrellas no sólo metafórica y también idealmente, sino técnicamente (Véanse notas bibliográficas del No. 9 de la nombrada Revista de Estudios Jurídicos, Políticos y Sociales).

Ese símbolo de la Unidad en «Z» debería ser tenido como la expresión ritual de la suprema Verdad, del Bien supremo y la suprema Belleza, tanto cuando valores místicos, tanto cuando valores laicos. Por consiguiente, Arte, Ciencia y Deporte, desde la universidad, especialmente, pero también desde fuera de ella, debieran ser el contenido de sus festividades junto con la ritualización, acomodada en actos de sensibilidad moderna, de los grandes hechos de la vida: nacimiento, matrimonio y muerte.

No debe ser extraña a una liturgia tal la vida económica, sobre todo como creación industrial y actividad agrícola y pecuaria. Ella les llevaría el estímulo de su aplauso utilizando formas videntes, al par que elevándolas a una gerarquía superior.

La capacidad mental sobresaliente junto con el esfuerzo triunfante en la obra realizada dentro de las tres grandes ramas del saber (ciencias exactas, ciencias biológicas, ciencias sociales) se prestan a maravillosas creaciones rituales en que las técnicas del siglo que vivimos pueden prestar muy valiosos servicios. La juventud estudiosa hallaría en tales ritos oportunidades y estímulos hondamente significativos, así la juventud estudiosa como la que cultiva las formas plásticas en el deporte y ejercita la eficacia y la habilidad musculares, etc.

Minas inagotables para tales creaciones son las competencias científicas actuales, los Juegos Florales, las justas deportivas y el ballet con cuyos materiales es posible construir un grandioso edificio poético de símbolos alusivos a cuanto de hermoso y deseable puede brindarnos la vida del siglo que termina y del milenio que está a punto de comenzar.

La mujer, verosímilmente, reasumiría las funciones directivas en este orden del quehacer humano, si bien no precisamente la mujer anciana que prepara el terrible embarrancamiento de la muerte o, si se prefiere, el salto a una vida espiritual plena, sino, más bien, la mujer joven y victoriosa de belleza, puesto que se trata, en este curso de ideas, no de vivir la vida para la muerte, sino de vivirla *para la vida*, pensando que en la cúspide de toda empresa humana, conforme a la doble significación fundamental de «Z», está el Hombre, el hijo del Hombre y el padre del Hombre.

g) *La tríada simbólica*

La confesión ético-moral cuyo sentido hemos apuntado —amar, soñar y construir— exige una expresión especialmente humana y viva dentro de la simbología de aquella liturgia. Tal expresión debe elevar a la categoría de arquetipos de conducta a hombres colosales de la historia humana que hubieran vivido una vida especialmente fecunda en obras, en sacrificios, o en ejemplos.

Una liturgia, en este curso de ideas, cuando se refiere a la vida moral, debe honrar ilimitadamente, como ejercicio aleccionador, la memoria de un hombre excelso de quien pueda decirse que fué *el gran amador*; la de otro a quien pueda recordarse como *el gran soñador*; y la de un tercero en cuyas representaciones esculturales o de otro género artístico pueda contemplarse *al gran constructor*.

Para el mundo de Occidente, y con hermosa y legítima unanimidad, nadie, que no sea Jesús, puede ser reconocido como el supremo gran amador. Los nombres de los otros dos arquetipos de conducta en que se expresa la trinidad moral «amar, soñar, construir» pueden ser discutibles, hasta cierto punto. El Instituto de Seminarios de la Facultad de Derecho de Sucre (Bolivia), aunque sin conexión con este curso de ideas en todas sus proyecciones sino como mero interés biográfico y docente, ha propuesto a sus estudiantes la tríada Jesús-Goethe-Einstein. El autor de esta comunicación se inclina a ver en Goethe el gran soñador, y en aquel físico genial contemporáneo, Einstein, el gran constructor. A la vera del portentoso humanista alemán pueden alinearse, para los fines de esta representación litúrgica, figuras universales del mundo del Arte, las Bellas Letras y la utopía social: un Leonardo, un Shakespeare, un Beethoven, un Cervantes, un Marx... A la vera del mago de la energía nuclear, del viajero de los inmedibles espacios siderales, Einstein, pueden alzarse un Copérnico, un Newton, un Darwin, un Pasteur, un Pavlov...

El pensamiento directriz es éste: el impulso de amor dictado por la especie o por una comunidad menor en representación, tácitamente aceptada, de ella, al oponerse al impulso de odio dictado por el individuo o por una parcialidad de individuos (casta, clase, partido político, comunidad profesional, iglesia, nación, raza) e ingresar en el ámbito de la vida humana como vida de relación del individuo con los demás individuos y el universo en general y los dioses, lo hace tomando la figura de sistema normativo dirigido a la vida interior, a la conciencia, con el contenido propio de cuanto pueda llamarse coherentemente «amar»: no matar, no gozarse en el daño ajeno ni dañar con voluntad de hacerlo, no injuriar y, po-

sitivamente, aconsejar, ayudar, hacer por el otro, vivir, sufrir y morir, si es preciso, *por el otro*. Eso, es amor.

El mismo pensamiento, en el impulso que lleva a la creación estética (la obra de Arte), al ensueño de mundos mejores (la utopía social, o técnico-física, o biológica), a la visión del hombre en la excelsitud de la victoria total (el Fausto), a la idealización de la virtud (el santo), a la personificación mística de la suprema belleza (Dios), a toda confesión de fe capaz de traducirse en ulterior obra constructiva inspirada por el propio amor, con dimensión universal, se incorpora en la vida de relación bajo el concepto normativo: —Soñad.

El mismo pensamiento, en el impulso que conduce al grato juego de *hacer algo*, de poner en marcha nuestras energías interiores hacia una vida más amplia, más eficaz frente al mundo, poniendo en «Z» la voluntad del dominio total —idealmente— de cuanto pueda ser límite, valla y finitud, toma la figura normativa: —Construíd. Todo «constructor», grande o pequeño, de ideas o de cosas, en lo científico como en lo artístico, es un creador, y el producto de su esfuerzo una piedra más en la torre de la Verdad ansiosa de desfondar el cielo. Construir es, en el núcleo de su significación normativa, *crear*, y, con ello, todo cuanto sea actividad creativa. Por consiguiente: *trabajar* y, con la norma «trabajar», todo cuanto concurra al trabajar más eficaz, más disciplinado o constante y más consecuente, en coherencia ética, por cierto, con el amar y el soñar, lo que excluye cualquier forma de explotación del hombre por el hombre.

La democracia, siempre y cuando ella signifique libertad y tolerancia reales, está bajo el signo del amor y es constructiva.

Sucre, 3 de junio 1950.